

TODO UN CLÁSICO

Por Carlos Martínez Shaw

El Periódico | 2011

‘Tren a Pakistán’ es uno de los más emotivos relatos sobre la sangrienta división de la India

La sangrienta ruptura entre musulmanes de un lado e hindús y sijes de otro tras la independencia de la India en 1947 fue un hecho traumático que marcó a varias generaciones de moradores de la India y Pakistán y cuyos ecos aún hoy resuenan estruendosamente a causa de las matanzas sectarias en el disputado territorio fronterizo de Cachemira. La tragedia ha hecho volar la imaginación de muchos escritores. Entre las novelas sobre el tema, la más famosa quizá sea *Shalimar el payaso*, de Salman Rushdie, pero *Tren a Pakistán* es una de las primeras y sin duda una de las mejores y más emotivas. Su autor, Khushwant Singh (Hadali, hoy Pakistán, 1915), de ascendencia sij, la escribió en 1956, antes de convertirse en uno de los más celebrados intelectuales de la India, cuya voz, aún a sus 95 años, se deja oír a través de sus colaboraciones en diversos medios de comunicación.

UN TRÁGICO VERANO/ Singh cuenta una historia de ficción pero que pudo ser real o que se asemeja a muchas otras que se produjeron en aquel trágico verano de 1947 en que, según sus palabras, «los dos bandos mataron; los dos usaron pistolas, cuchillos, lanzas y porras; los dos torturaron; los dos violaron». Es la historia de cómo el precario milagro de la convivencia pacífica entre humanos se quiebra y de cómo, casi insensiblemente, los lazos de amistad y vecindad se fracturan, poniendo frente a frente, divididas por el odio, a dos comunidades que se acusan y se acosan hasta provocar una espantosa orgía de sangre. La palabra de Singh recuerda la propagada hoy por Hans Küng en su fundación Weltethos: «La ética, lo que debería ser el meollo de cualquier código religioso, ha sido cuidadosamente eliminada». Sin embargo, la novela no es solo un testimonio, sino también una suprema obra literaria, gracias a las cualidades narrativas de su autor, que posee el don de un lenguaje sobrio y contenido, de un pincel colorido y sugerente, de un poder alusivo y evocador. Y así, el relato avanza lentamente hacia su objetivo como un río cenagoso, hasta que la llegada del monzón acrece su caudal y sus aguas súbitamente turbulentas se precipitan vertiginosamente hacia el sorprendente final, sobrecogedor pero transido de esperanza. En definitiva, todo un clásico.